Desamparo

Les honraré —si bien a veces no es suficiente— con un recuerdo, allá donde yo me encuentre, pues les debemos lo que somos

Narok Ibarburu Ruiz, estudiante de segundo de Periodismo en la EHU

Cuando uno pasa por un camino de hierba, sabe que ha habido personas, animales, vehículos que lo han transitado antes. Hay un rastro, uno certero y que no da lugar a dudas. Su existencia es incontrovertible, clara, manifiesta. Ella, la tierra pisada, ha sido testigo de todos los que la han transitado. Podría contar muchas historias, muchas batallas libradas en ese suelo. Podría narrar momentos dulces y amargos. Atestigua un pasado y un presente.

Yo suelo ir a andar por una zona en la que hay unas vías férreas descuidadas. Viven desamparadas, bajo la aparentemente irremediable losa de la indiferencia. Porque, cuando crece la vegetación, se certifica el nacimiento del deceso, el anuncio de la muerte en la conciencia humana. Parece como si nos pertenecieran cuando vivíamos en ellos, y que, cuando se consuma la ausencia de vida, la naturaleza los reclamase con sus verdes garras, pues se los arrebatamos para hacerlos nuestros. Luego está la acumulación de basura, que es lo más cruel: es un maltrato deliberado, con dolo. Refleja, al cabo, lo que fuimos y lo que seremos. Es mirarnos a un espejo y ver todos nuestros errores concentrados en una imagen dantesca. ¿Por qué dejamos desatendido aquello que quisimos?

Me hace recordar esos momentos en los que éramos felices. Esas celebraciones, esos abrazos, esos paseos, esas risas, esas regañinas… Estoy seguro de que en algún rincón de ese mural conquistado por las enredaderas, que en esas vías por las que antaño pasaba el tren comidas por la hierba, que en esa desaliñada casa, que en esa psique ajena hay un atisbo de esperanza, una sonrisa congelada en el tiempo, un “te quiero” tallado en la piedra, una anécdota flotando en el aire, una foto y un recuerdo atrapados que quieren salir… Sé que en algún lugar y en algún momento de mi vida, afligido y nostálgico, me arrepentiré del desapego y les honraré —si bien a veces no es suficiente— con un recuerdo, allá donde yo me encuentre, pues les debemos lo que somos. No lo olvidemos.